BUSH & CIA

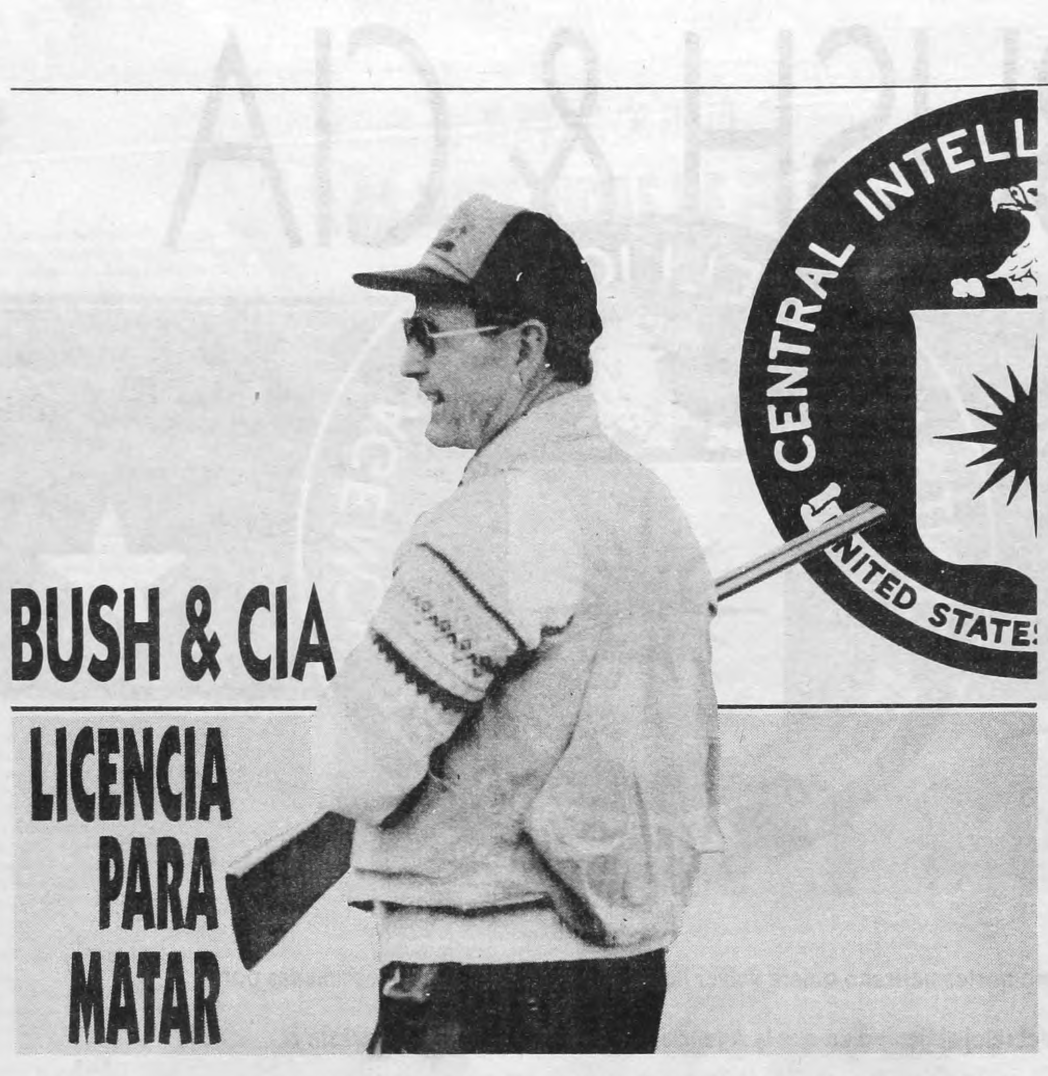


ETC.

Suplemento de Investigación y Reportajes de **Página/12**

El gobierno norteamericano quiere volver las agujas del reloj al tiempo en que la Agencia Central de Inteligencia (CIA), libre de toda restricción legal, podía emprender acciones terroristas, golpes de Estado y hasta asesinar jefes de gobiernos extranjeros. Además, en virtud de una decisión del Departamento de Justicia hecha pública esta semana, se otorga al FBI el derecho de detener en países extranjeros a personas reclamadas por tribunales norteamericanos sin el consentimiento del país en el que éstas se encuentran. La biografía de un ex agente de la CIA que participó en la captura del Che Guevara en Bolivia, asesoró a los militares argentinos y aún continúa en actividad, pone en su verdadera dimensión los poderes especiales que ahora se discuten.

LICENCIA PARA MATAR



BUSH & CIA

LICENCIA PARA MATAR

Por W.G.

La regla número uno en la planificación y realización de una operación encubierta es que la ley debe seguirse al pie de la letra... No buscar atajos ni tratar de circundar este procedimiento."

George Bush lanzó estos principios para las acciones encubiertas en la biografía titulada *Mirando hacia el futuro*, que integraba su programa electoral en 1987. Y todo parece indicar que, hasta ahora, el presidente Bush ha seguido, relativamente, al pie de la letra los consejos del candidato Bush respecto del embrollo panameño, pero no menos cierto es que ahora pretende establecer un nuevo orden en materia de operaciones encubiertas desde que la tentativa de golpe de Estado en Panamá acabó transformándose en un verdadero golpe para la imagen del gobierno de Bush.

Los problemas comenzaron cuando el presidente, en un malogrado golpe de efecto, aseguró por televisión que los rumores de una "operación norteamericana" en Panamá "no eran ciertos". Como los oficiales panameños jugaban su propio juego, es probable que con esta maniobra Bush y su entorno hayan intentado desvincularse públicamente de los impredecibles golpistas, pero en cambio presentó dos claras pero falsas ideas ante la opinión pública: Que el golpe no sólo no había sido una idea de Washington, sino que además los Estados Unidos se habían mantenido escrupulosamente al margen de la acción. Lo cierto es que el intento de derrocar a Noriega había sido inspirado por las reiteradas invitaciones de Bush a que los militares panameños se hicieran con el poder. Sin la confianza de contar con las simpatías y el apoyo estadounidense, es sumamente dudoso que el intento se hubiese concretado. Además, las tropas norteamericanas bloquearon dos rutas para ayudar a los golpistas, y oficiales estadounidenses negociaron con los alzados la posible custodia de Noriega.

Bombardeada por todos lados ante el fracaso del golpe panameño, la Casa Blanca intentó justificarse por todos los medios. Hasta el propio presidente salió a decir que no se arrepentía de la manera como actuó, pero fue obligado a reconocer que hubo fallas y que era preciso revisar la manera en que se tomaban las decisiones en medio de una crisis. En busca de un chivo expiatorio, los funcionarios de la Casa Blanca se lamentaron de que faltó apoyo del Congreso, pero luego la crítica se centró en las lagunas informativas que, supuestamente, eran responsabilidad de la Agencia Central de Inteligencia.

Las respuestas del director de la CIA, William Webster, un antiguo juez federal que anteriormente había dirigido el FBI, no se hizo esperar. En una extensa entrevista con el *New York Times,* Webster exigió una mayor libertad para participar en operaciones encubiertas violentas que incluyen el asesinato de líderes políticos extranjeros. "Los Estados Unidos no se involucran en asesinatos individuales y selectivos", dijo Webster al *NYT*, "pero los EE.UU. tienen compromisos globales con la seguridad y la protección de la democracia en áreas del mundo donde el país tiene intereses legítimos. Y cuando un déspota toma el poder tiene que haber medios de encargarse de ellos sin convertirnos a nosotros en asesinos a sueldo".

Lo que Webster estaba solicitando es una revisión o reinterpretación de una Orden Ejecutiva sancionada en 1976 por el presidente Gerarld Ford: "Ninguna persona empleada, o actuando a nombre del gobierno de los Estados Unidos, debe involucrarse en, o conspirar para asesinatos". La ley también expresa que "ninguna agencia de la comunidad de inteligencia debe participar en, o solicitar a ninguna persona, llevar a cabo actividades prohibidas por esta orden".

Cuando se le preguntó al vocero de la Casa Blanca, Marlin Fitzwater, sobre las declaraciones de Webster, confirmó que se intenta llegar a un acuerdo con el Congreso para suavizar las restricciones vigentes para que la CIA pueda apoyar golpes violentos en el extranjero.

La orden ejecutiva que restringe las actividades encubiertas no incluye una definición precisa del concepto "asesinato", y en estos 14 años tanto la CIA como los comités del Congreso se han inclinado, en distintos momentos, a interpretarla alternativamente como incluyendo o excluyendo cualquier actividad que pueda resultar en la muerte de un líder extranjero. De hecho, durante la propia gestión de Bush como jefe de la CIA en 1976 la organización terrorista Alfa-66 —fachada de la CIA que estaba integrada por emigrados cubanos— realizó una cruenta ola de atentados contra embajadas de países socialistas. Orlando Bosch, junto con el agente de la CIA Luis Posada Carriles organizó desde Venezuela la destrucción del avión de Cubana de Aviación que costó la vida a más de 70 personas. Descubiertos y recluidos en prisión. Posadas Carriles logró huir años después, para trasladarse a El Salvador y organizar junto con Félix Rodríguez (ver nota aparte), en el aeropuerto de Ilopango, el apoyo logístico para los contras nicaragüenses. En setiembre de 1976 ocurrió, en pleno centro de Washington, el atentado terrorista que costó la vida al ex canciller chileno Orlando Letelier. Su principal ejecutor, el estadounidense Michael Townley, asesino también del general chileno Carlos Prats, había sido un agente de la CIA.

Según el diario *Los Angeles Times*, ahora está circulando entre los funcionarios de la administración Bush una nueva definición, por lo cual "una decisión del presidente de emplear la fuerza militar no constituiría asesinato, si fuerzas de Estados Unidos fueran usadas contra combatientes de otro país, guerrilleros o terroristas, u otra organización cuyas acciones representen una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos". A esto se agrega una decisión del Departamento de Justicia de EE.UU. hecha pública el 13 de octubre, por la cual se le otorga al FBI el derecho de detener en países extranjeros a personas reclamadas por tribunales norteamericanos sin el consentimiento del país en el que estas personas se encuentren. La decisión cambia drásticamente la política seguida hasta ahora por EE.UU. y tiene implicaciones gravísimas en el plano internacional porque de hecho legaliza que el FBI secuestre a ciudadanos en países extranjeros y luego los lleve a EE.UU.

La prensa norteamericana relaciona también esta decisión con el deseo de Bush de reforzar la presión para acabar con el general Noriega, y a la vez con la campaña que lanzó contra el tráfico de drogas. Pero es infantil creer que la crisis de Panamá se resolverá dando permiso al FBI para que vaya a apresar a Noriega.

La CIA, llamada a la cautela por sus errores pasados y algunos recientes como su incapacidad para anticipar eventos políticos de la magnitud del fundamentalismo, la perestroika o la masacre en la plaza de Tian An Men, no parece dispuesta a participar de cualquier manera en cualquier golpe de Estado que se le cruce a la vuelta de la esquina.

La experiencia le ha enseñado a sus funcionarios que tras los golpes exitosos la Agencia es tachada de perversa y tras los fracasados de incompetente, de allí que para la particular visión de la realidad que posee la CIA el caso panameño esté como mandado a hacer para uno de esos pequeños y asépticos asesinatos que supo promover con éxito diverso en un pasado que cada vez es menos lejano.

Por W.G.

Tras un efímero exilio que duró escasamente una semana, el sha de Irán retornó triunfante a su palacio de Teherán en el verano de 1953 y alzó su copa y desgranó un solemne brindis ante un visitante extranjero: "Debo mi trono a Dios, mi pueblo, mi ejército", y rápidamente agregó "y a usted". Su agasajado era Kermit Roosevelt, jefe de la estación para Africa y el Cercano Oriente de la Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU., el arquitecto del derrocamiento del primer ministro Mohamed Mossadegh. En 1954, la CIA ayudó a instaurar un gobierno llamado "proocidental" en Egipto; por otro lado, en 1958, trató de deshacerse del gobierno de Indonesia y un año después, en Laos, ayudó a derribar del poder a otro que no era de su agrado. En junio de 1954, el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz se convertía en otra víctima de las operaciones encubiertas de los Estados Unidos. Más de un centenar de hombres entrenados por la CIA invadieron Guatemala desde la frontera hondureña, mientras los aviones norteamericanos que sobrevolaban la capital y las emisoras de radio de los países vecinos se encargaban de la acción psicológica. Arbenz fue obligado a renunciar y en su reemplazo asumió un gobierno títere de los Estados Unidos. Los historiadores coinciden en atribuir la iniciativa de ese golpe de Estado —organizado por la CIA y financiado por el consorcio United Fruit— al secretario de Estado John Foster Dulles que obtuvo la aprobación del presidente Dwight Eisenhower. "Eran los años en que uno simplemente podía cambiar el mundo", recuerda con nostalgia en el semanario *Newsweek* un veterano de la época de oro de la CIA. Con expresa autorización de Kennedy, la CIA intervino en el ex Congo belga en contra del nacionalista Patrice Lumumba, a quien hizo asesinar.

A partir del rocambolesco desembarco de una fuerza mercenaria en la costa cubana de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, la historia de las acciones encubiertas de la CIA indica que las operaciones no lograron cumplir los objetivos que la propia administración norteamericana se planteaba, e inclusive en muchos casos consiguieron resultados exactamente opuestos. Sin embargo, el fiasco de Bahía de Cochinos no fue el epílogo de la decisión de Kennedy de deshacerse de Fidel Castro, sino que, por el contrario, fue el momento en que el máximo dirigente cubano dejó de ser un mero enemigo heredado de la administración Eisenhower para convertirse en enemigo propio. En abril de 1961, Kennedy ordenó al general Maxwell Taylor que no concentrara sus esfuerzos en deslindar responsabilidades por el desastre, sino que averiguara por qué el plan no había funcionado y qué había que hacer para que funcionase en la siguiente oportunidad.

Tras algunos meses de operaciones encubiertas que fracasaron estrepitosamente en crear una fuerza de oposición en Cuba, las acciones se volcaron hacia el sabotaje, los raids paramilitares, la falsificación de moneda y de tarjetas de racionamiento. A pesar de que las minas de cobre de Matahambre (una obsesión de Robert Kennedy) fueron atacadas en operaciones a gran escala, nunca fueron destruidas. En marzo de 1964 el nuevo jefe de la CIA para el hemisferio occidental visitó Buenos Aires y —según consigna Tomas Powers en el libro *El hombre que conservaba secretos*— comentó ante sus oficiales: "Si Jack Kennedy hubiera vivido, yo les puedo asegurar que nos hubiésemos deshecho de Castro en las últimas navidades. Desafortunadamente el nuevo presidente no es tan temerario como Kennedy". Además de contratos con la Mafia para asesinar a Fidel, los servicios técnicos de la CIA habían estudiado seriamente las posibilidades de envenenar cigarros y colocar una carga subacuática en el banco de corales, donde el líder cubano acostumbraba a hacer caza submarina, entre otras varias opciones dignas de la imaginación de Ian Flemming.

Entre 1962 y 1963 la CIA invirtió no menos de 20 millones de dólares para apoyar a centenares de candidatos de derecha en elecciones para gobernadores, congresistas y municipios, con el propósito de impedir la consolidación política del gobierno de Joao Goular en Brasil. El 31 de marzo de 1964 se concretó el derrocamiento del presidente brasileño. En setiembre de 1963 Juan Bosch fue derrocado en la República Dominicana en un golpe inspirado y dirigido por "la compañía". En 1967 la CIA apadrinó a los militares griegos que derrocaron al gobierno de Georeges y Andreas Papandreu. Si el derrocamiento de Arbenz en Guatemala puede ser contabilizado por la CIA como una operación exitosa, el defenestramiento

BUSH & CIA

LICENCIA PARA MATAR



Por W.G.

La regla número uno en la planificación y realización de una operación encubierta es que la ley debe seguirse al pie de la letra... No buscar atajos ni tratar de circundar este procedimiento."

George Bush lanzó estos principios para las acciones encubiertas en la biografía titulada *Mirando hacia el futuro*, que integraba su programa electoral en 1987. Y todo parece indicar que, hasta ahora, el presidente Bush ha seguido, relativamente, al pie de la letra los consejos del candidato Bush respecto del embrollo panameño, pero no menos cierto es que ahora pretende establecer un nuevo orden en materia de operaciones encubiertas desde que la tentativa de golpe de Estado en Panamá acabó transformándose en un verdadero golpe para la imagen del gobierno de Bush.

Los problemas comenzaron cuando el presidente, en un malogrado golpe de efecto, aseguró por televisión que los rumores de una "operación norteamericana" en Panamá "no eran ciertos". Como los oficiales panameños jugaban su propio juego, es probable que con esta maniobra Bush y su entorno hayan intentado desvincularse públicamente de los impredecibles golpistas, pero en cambio presentó dos claras pero falsas ideas ante la opinión pública: Que el golpe no sólo no había sido una idea de Washington, sino que además los Estados Unidos se habían mantenido escrupulosamente al margen de la acción. Lo cierto es que el intento de derrocar a Noriega había sido inspirado por las reiteradas invitaciones de Bush a que los militares panameños se hicieran con el poder. Sin la confianza de contar con las simpatías y el apoyo estadounidense, es sumamente dudoso que el intento se hubiese concretado. Además, las tropas norteamericanas bloquearon dos rutas para ayudar a los golpistas, y oficiales estadounidenses negociaron con los alzados la posible custodia de Noriega.

Bombardeada por todos lados ante el fracaso del golpe panameño, la Casa Blanca intentó justificarse por todos los medios. Hasta el propio presidente salió a decir que no se arrepentía de la manera como actuó, pero fue obligado a reconocer que hubo fallas y que era preciso revisar la manera en que se tomaban las decisiones en medio de una crisis. En busca de un chivo expiatorio, los funcionarios de la Casa Blanca se lamentaron de que faltó apoyo del Congreso, pero luego la crítica se centró en las lagunas informativas que, supuestamente, eran responsabilidad de la Agencia Central de Inteligencia.

Las respuestas del director de la CIA, William Webster, un antiguo juez federal que anteriormente había dirigido el FBI, no se hizo esperar. En una extensa entrevista con el *New York Times*, Webster exigió una mayor libertad para participar en operaciones encubiertas violentas que incluyen el asesinato de líderes políticos extranjeros. "Los Estados Unidos no se involucran en asesinatos individuales y selectivos", dijo Webster al *NYT*, "pero los EE.UU. tienen compromisos globales con la seguridad y la protección de la democracia en áreas del mundo donde el país tiene intereses legítimos. Y cuando un déspota toma el poder tiene que haber medios de encargarse de ellos sin convertirnos a nosotros en asesinos a sueldo".

Lo que Webster estaba solicitando es una revisión o reinterpretación de una Orden Ejecutiva sancionada en 1976 por el presidente Gerarld Ford: "Ninguna persona empleada, o actuando a nombre del gobierno de los Estados Unidos, debe involucrarse en, o conspirar para asesinatos". La ley también expresa que "ninguna agencia de la comunidad de inteligencia debe participar en, o solicitar a ninguna persona, llevar a cabo actividades prohibidas por esta orden".

Cuando se le preguntó al vocero de la Casa Blanca, Marlin Fitzwater, sobre las declaraciones de Webster, confirmó que se intenta llegar a un acuerdo con el Congreso para suavizar las restricciones vigentes para que la CIA pueda apoyar golpes violentos en el extranjero.

La orden ejecutiva que restringe las actividades encubiertas no incluye una definición precisa del concepto "asesinato", y en estos 14 años tanto la CIA como los comités del Congreso se han inclinado, en distintos momentos, a interpretarla alternativamente como incluyendo o excluyendo cualquier actividad que pueda resultar en la muerte de un líder extranjero. De hecho, durante la propia gestión de Bush como jefe de la CIA en 1976 la organización terrorista Alfa-66 —fachada de la CIA que estaba integrada por emigrados cubanos— realizó una cruenta ola de atentados contra embajadas de países socialistas. Orlando Bosch, junto con el agente de la CIA Luis Posada Carriles organizó desde Venezuela la destrucción del avión de Cubana de Aviación que costó la vida a más de 70 personas. Descubiertos y recluidos en prisión. Posadas Carriles logró huir años después, para trasladarse a El Salvador y organizar junto con Félix Rodríguez (ver nota aparte), en el aeropuerto de Ilopango, el apoyo logístico para los contras nicaragüenses. En setiembre de 1976 ocurrió, en pleno centro de Washington, el atentado terrorista que costó la vida al ex canciller chileno Orlando Letelier. Su principal ejecutor, el estadounidense Michael Townley, asesino también del general chileno Carlos Prats, había sido un agente de la CIA.

Según el diario *Los Angeles Times*, ahora está circulando entre los funcionarios de la administración Bush una nueva definición, por lo cual "una decisión del presidente de emplear la fuerza militar no constituiría asesinato, si fuerzas de Estados Unidos fueran usadas contra combatientes de otro país, guerrilleros o terroristas, u otra organización cuyas acciones representen una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos". A esto se agrega una decisión del Departamento de Justicia de EE.UU. hecha pública el 13 de octubre, por la cual se le otorga al FBI el derecho de detener en países extranjeros a personas reclamadas por tribunales norteamericanos sin el consentimiento del país en el que estas personas se encuentren. La decisión cambia drásticamente la política seguida hasta ahora por EE.UU. y tiene implicaciones gravísimas en el plano internacional porque de hecho legaliza que el FBI secuestre a ciudadanos en países extranjeros y luego los lleve a EE.UU.

La prensa norteamericana relaciona también esta decisión con el deseo de Bush de reforzar la presión para acabar con el general Noriega, y a la vez con la campaña que lanzó contra el tráfico de drogas. Pero es infantil creer que la crisis de Panamá se resolverá dando permiso al FBI para que vaya a apresar a Noriega.

La CIA, llamada a la cautela por sus errores pasados y algunos recientes como su incapacidad para anticipar eventos políticos de la magnitud del fundamentalismo, la perestroika o la masacre en la plaza de Tian An Men, no parece dispuesta a participar de cualquier manera en cualquier golpe de Estado que se le cruce a la vuelta de la esquina.

La experiencia le ha enseñado a sus funcionarios que tras los golpes exitosos la Agencia es tachada de perversa y tras los fracasados de incompetente, de allí que para la particular visión de la realidad que posee la CIA el caso panameño esté como mandado a hacer para uno de esos pequeños y asépticos asesinatos que supo promover con éxito diverso en un pasado que cada vez es menos lejano.

PEQUEÑOS ASESINATOS

Por W.G.

Tras un efímero exilio que duró escasamente una semana, el sha de Irán retornó triunfante a su palacio de Teherán en el verano de 1953 y alzó su copa y desgranó un solemne brindis ante un visitante extranjero: "Debo mi trono a Dios, mi pueblo, mi ejército", y rápidamente agregó "y a usted". Su agasajado era Kermit Roosevelt, jefe de la estación para Africa y el Cercano Oriente de la Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU., el arquitecto del derrocamiento del primer ministro Mohamed Mossadegh. En 1954, la CIA ayudó a instaurar un gobierno llamado "prooccidental" en Egipto; por otro lado, en 1958, trató de deshacerse del gobierno de Indonesia y un año después, en Laos, ayudó a derribar del poder a otro que no era de su agrado. En junio de 1954, el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz se convertía en otra víctima de las operaciones encubiertas de los Estados Unidos. Más de un centenar de hombres entrenados por la CIA invadieron Guatemala desde la frontera hondureña, mientras los aviones norteamericanos que sobrevolaban la capital y las emisoras de radio de los países vecinos se encargaban de la acción psicológica. Arbenz fue obligado a renunciar y en su reemplazo asumió un gobierno títere de los Estados Unidos. Los historiadores coinciden en atribuir la iniciativa de ese golpe de Estado —organizado por la CIA y financiado por el consorcio United Fruit— al secretario de Estado John Foster Dulles que obtuvo la aprobación del presidente Dwight Eisenhower. "Eran los años en que uno simplemente podía cambiar el mundo", recuerda con nostalgia en el semanario *Newsweek* un veterano de la época de oro de la CIA. Con expresa autorización de Kennedy, la CIA intervino en el ex Congo belga en contra del nacionalista Patrice Lumumba, a quien hizo asesinar.

A partir del rocambolesco desembarco de una fuerza mercenaria en la costa cubana de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, la historia de las acciones encubiertas de la CIA indica que las operaciones no lograron cumplir los objetivos que la propia administración norteamericana se planteaba, e inclusive en muchos casos consiguieron resultados exactamente opuestos. Sin embargo, el fiasco de Bahía de Cochinos no fue el epílogo de la decisión de Kennedy de deshacerse de Fidel Castro, sino que, por el contrario, fue el momento en que el máximo dirigente cubano dejó de ser un mero enemigo heredado de la administración Eisenhower para convertirse en enemigo propio. En abril de 1961, Kennedy ordenó al general Maxwell Taylor que no concentrara sus esfuerzos en deslindar responsabilidades por el desastre, sino que averiguara por qué el plan no había funcionado y qué había que hacer para que funcionase en la siguiente oportunidad.

Tras algunos meses de operaciones encubiertas que fracasaron estrepitosamente en crear una fuerza de oposición en Cuba, las acciones se volcaron hacia el sabotaje, los raids paramilitares, la falsificación de moneda y de tarjetas de racionamiento. A pesar de que las minas de cobre de Matahambre (una obsesión de Robert Kennedy) fueron atacadas en operaciones a gran escala, nunca fueron destruidas. En marzo de 1964 el nuevo jefe de la CIA para el hemisferio occidental visitó Buenos Aires y —según consigna Tomas Powers en el libro *El hombre que conservaba secretos*— comentó ante sus oficiales: "Si Jack Kennedy hubiera vivido, yo les puedo asegurar que nos hubiésemos deshecho de Castro en las últimas navidades. Desafortunadamente el nuevo presidente no es tan temerario como Kennedy". Además de contratos con la Mafia para asesinar a Fidel, los servicios técnicos de la CIA habían estudiado seriamente las posibilidades de envenenar cigarros y colocar una carga subacuática en el banco de corales, donde el líder cubano acostumbraba a hacer caza submarina, entre otras varias opciones dignas de la imaginación de Ian Flemming.

Entre 1962 y 1963 la CIA invirtió no menos de 20 millones de dólares para apoyar a centenares de candidatos de derecha en elecciones para gobernadores, congresistas y municipios, con el propósito de impedir la consolidación política del gobierno de Joao Goular en Brasil. El 31 de marzo de 1964 se concretó el derrocamiento del presidente brasileño. En setiembre de 1963 Juan Bosch fue derrocado en la República Dominicana en un golpe inspirado y dirigido por "la compañía". En 1967 la CIA apadrinó a los militares griegos que derrocaron al gobierno de Georeges y Andreas Papandreu. Si el derrocamiento de Arbenz en Guatemala puede ser contabilizado por la CIA como una operación exitosa, el defenestramiento del presidente sudvietnamita, Ngo Dinh Diem en 1963 proporciona una lección elemental en fracasos operativos. Los EE.UU. violaron la regla de oro de los expertos en golpismo: antes de derrocar a un gobierno, hay que tener otro para reemplazarlo. "No teníamos la menor idea de quién sucedería a Diem", explica William Colby, director de la CIA entre 1973 y 1976. Más aún, en los planes de Washington no se contemplaba que los oficiales golpistas asesinarían a Diem, lo que terminó ocasionando un serio escándalo para la administración Kennedy. El caso tiene algunas semejanzas con el intento de la CIA en impedir el triunfo en las urnas de Salvador Allende: el saldo de la operación fue el asesinato del general René Schneider, un militar constitucionalista que tenía simpatías por los Estados Unidos. Con el apoyo de Nixon se emprenden en 1970, meses antes de las elecciones presidenciales en Chile, las operaciones Track I y Track II, que incluyen asesinatos, sobornos, bloqueo económico y huelgas desestabilizadoras como la de los camioneros, que se prolongaron hasta el golpe militar que derrocó a Salvador Allende en 1973.

Después de que se reveló la participación de la CIA en el golpe contra Salvador Allende y en los planes para asesinar a Fidel Castro, el presidente Gerald Ford emitió en febrero de 1976 la ahora cuestionada prohibición para que sus agentes secretos participen en cualquier tipo de planes para asesinar a líderes extranjeros.

Al asumir la presidencia en 1977, Jimmy Carter mantuvo la orden en vigencia. Cuatro años más tarde, Ronald Reagan, recién llegado a la Casa Blanca, intentó modificarla, pero encontró una cerrada oposición del Congreso.

Gerald Ford no sólo emitió la famosa orden ejecutiva, además se preocupó de mejorar la imagen pública de la CIA, que se había visto severamente dañada por las repercusiones del escándalo Watergate. Para ello puso al frente de la Agencia a un hombre que —según narra Bob Woodward en el libro *Velo: Las guerras secretas de la CIA*— jamás se atrevió a tomar decisiones operativas, sino que dedicó la mayor parte de sus 365 días en el cargo a las relaciones públicas. Esta semana, el influyente columnista George Will, sintonizando las ideas de los conservadores de Washington, describió a aquel antiguo jefe de la CIA como un hombre "con el dedo índice mojado y apuntando hacia arriba para ver en qué dirección soplan los vientos". Obviamente se estaba refiriendo a George Bush.



Retrato de un agente de la CIA

LAS SIETE VIDAS DE FELIX





Por Walter Goobar

A las 13.08 suena el teléfono de una casa tapizada por reliquias bélicas, ubicada al norte de Miami. El dueño de casa levanta el auricular y responde con inconfundible acento cubano-norteamericano:

—Hola, ¿qué pasa?... Ya sé, faltan dos minutos. Estaba hablando sobre el tema con un amigo... Vamos a brindar...

Es el lunes 9 de octubre, un momento histórico para este hombre que durante los últimos 25 años de sus actuales 48 ha participado en infinidad de operaciones de la CIA en Argentina, Vietnam, El Salvador, Bolivia, por mencionar algunos destinos de su vasta y probablemente incompleta foja de servicios. Sin embargo, éste es un instante especial para este siniestro personaje obsesionado antes por el secreto y ahora por contar su propia historia:

"En este momento, hace exactamente 22 años, moría el Che Guevara", afirma. El ex agente de la CIA Félix Ismael Rodríguez, que durante el affaire Irán-Contras tomó notoriedad con su nombre de guerra "Max Gómez" y fue uno de los cerebros que rastrearon, cercaron y atraparon a Ernesto "Che" Guevara en Bolivia en 1967, aspira una bocanada de aire y comienza a contar, por primera vez, su versión sobre aquella captura y muerte ocurridas hace más de dos décadas. Delante suyo descansa una pistola que en su cacha izquierda tiene una pequeña depresión cubierta por un vidrio de reloj de mujer. En la cavidad de madera están las cenizas de la última pipa que Guevara fumó antes de ser ejecutado.

Los detalles de la captura y muerte del Che Guevara están profundamente grabados en la memoria de Félix Rodríguez, pero constituyen solamente un capítulo en la vida de este veterano de las guerras secretas de la CIA. Durante 25 años vivió en un mundo de seudónimos, espías y secretos militares hasta que en 1986 se acabó su anonimidad cuando estalló el escándalo Irán-Contras.

Rodríguez testificó ante diversos comités del Congreso estadounidense sobre su papel como enlace en el canje de rehenes por armas orquestado por Oliver North. Sus contactos personales con el entonces vicepresidente, y actual presidente George Bush constituyen uno de los capítulos más controvertidos del Irangate. Tal vez por eso Félix Rodríguez —alias Max Gómez— nunca fue acusado de ningún crimen; es más, ha sido condecorado por George Bush con la medalla de la CIA al Valor. Hay quienes opinan que la información que maneja y que seguramente no aparece en su libro autobiográfico *Shadow Warrior-Guerrero en la sombra* (Simon & Schuster), publicado hace algunos días en los Estados Unidos, le han servido como salvoconducto.

Holly Sklar, autor de *La guerra de Washington contra Nicaragua*, pinta un acabado retrato de la carrera del mercenario Félix Rodríguez: llegó de Cuba a los Estados Unidos en 1954 para cursar la escuela secundaria y se trasladó definitivamente allí en 1958, un año antes del triunfo de la revolución cubana. En 1959, Rodríguez integró la Legión Anticomunista que intentó penetrar a Cuba desde la República Dominicana. Retornó a los Estados Unidos a fines de 1960 y comenzó a entrenarse para la invasión de Bahía de Cochinos. En abril de 1961, cuando fracasó la intentona, Rodríguez, que se había infiltrado en Cuba antes del desembarco, permaneció durante más de cinco meses como refugiado en la embajada venezolana en La Habana. Luego retornó a los Estados Unidos y, tras recibir nuevo entrenamiento en Fort Benning, se incorporó a las operaciones anticubanas dirigidas por la CIA desde Miami. Utilizando a exiliados cubanos y a miembros de la mafia norteamericana, la CIA bajo el nombre clave JM/WAVE planificaba la operación Mangosta que incluía el asesinato de Fidel Castro. Más tarde, en 1967, Félix Rodríguez protagonizaría en la jungla boliviana una operación que aún hoy lo obsesiona: la captura y muerte del Che.

"Papá cansado"

La pistola que contiene las cenizas de la pipa del Che es sólo uno de los tantos trofeos de guerra que Rodríguez tiene desparramados en su casa de Miami. En el living hay granadas, balas y retratos autografiados con diversos presidentes y militares latinoamericanos. En una pared cuelga un corpiño perteneciente a la líder guerrillera salvadoreña Nidia Díaz, capturada por Rodríguez en 1985. En un cajón, las ropas embarradas de alguna otra víctima de sus cacerías humanas. Pero sin duda su tesoro más preciado es el reloj Rolex que Guevara llevaba en la muñeca en el momento de su ejecución.

De acuerdo con la versión que Rodríguez proporciona en el libro *Guerrero en la sombra*, la principal pista que permitió la captura de Guevara fue la muerte de tres guerrilleros que fueron emboscados por el ejército boliviano, uno de los cuales había sido anteriormente interrogado por el agente de la CIA. Rodríguez había sospechado que

PEQUEÑOS ASESINATOS

del presidente sudvietnamita, Ngo Dinh Diem en 1963 proporciona una lección elemental en fracasos operativos. Los EE.UU. violaron la regla de oro de los expertos en golpismo: antes de derrocar a un gobierno, hay que tener otro para reemplazarlo. "No teníamos la menor idea de quién sucedería a Diem", explica William Colby, director de la CIA entre 1973 y 1976. Más aún, en los planes de Washington no se contemplaba que los oficiales golpistas asesinarían a Diem, lo que terminó ocasionando un serio escándalo para la administración Kennedy. El caso tiene algunas semejanzas con el intento de la CIA en impedir el triunfo en las urnas de Salvador Allende: el saldo de la operación fue el asesinato del general René Schneider, un militar constitucionalista que tenía simpatías por los Estados Unidos. Con el apoyo de Nixon se emprenden en 1970, meses antes de las elecciones presidenciales en Chile, las operaciones Track I y Track II, que incluyen asesinatos, sobornos, bloqueo económico y huelgas desestabilizadoras como la de los camioneros, que se prolongaron hasta el golpe militar que derrocó a Salvador Allende en 1973.

Después de que se reveló la participación de la CIA en el golpe contra Salvador Allende y en los planes para asesinar a Fidel Castro, el presidente Gerald Ford emitió en febrero de 1976 la ahora cuestionada prohibición para que sus agentes secretos participen en cualquier tipo de planes para asesinar a líderes extranjeros.

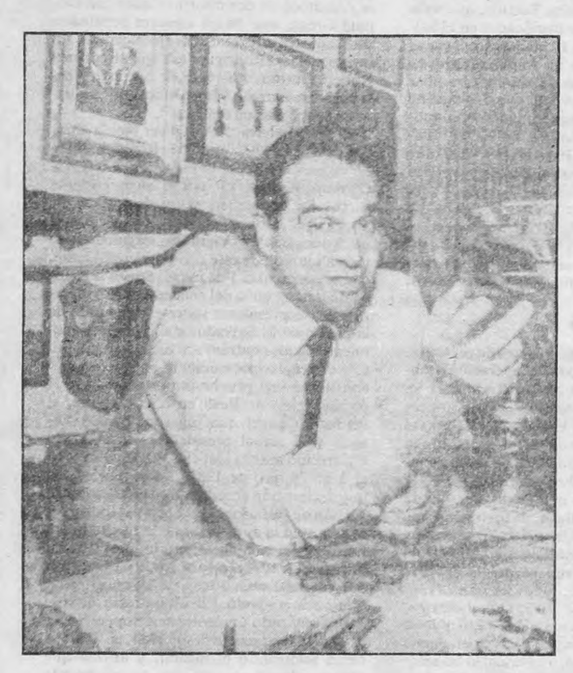
Al asumir la presidencia en 1977, Jimmy Carter mantuvo la orden en vigencia. Cuatro años más tarde, Ronald Reagan, recién llegado a la Casa Blanca, intentó modificarla, pero encontró una cerrada oposición del Congreso.

Gerald Ford no sólo emitió la famosa orden ejecutiva, además se preocupó de mejorar la imagen pública de la CIA, que se había visto severamente dañada por las repercusiones del escándalo Watergate. Para ello puso al frente de la Agencia a un hombre que —según narra Bob Woodward en el libro *Velo: Las guerras secretas de la CIA*— jamás se atrevió a tomar decisiones operativas, sino que dedicó la mayor parte de sus 365 días en el cargo a las relaciones públicas. Esta semana, el influyente columnista George Will, sintonizando las ideas de los conservadores de Washington, describió a aquel antiguo jefe de la CIA como un hombre "con el dedo índice mojado y apuntando hacia arriba para ver en qué dirección soplan los vientos". Obviamente se estaba refiriendo a George Bush.



Retrato de un agente de la CIA

LAS SIETE VIDAS DE FELIX





Por Walter Goobar

A las 13.08 suena el teléfono de una casa tapizada por reliquias bélicas, ubicada al norte de Miami. El dueño de casa levanta el auricular y responde con inconfundible acento cubano-norteamericano:

—Hola, ¿qué pasa?... Ya sé, faltan dos minutos. Estaba hablando sobre el tema con un amigo... Vamos a brindar...

Es el lunes 9 de octubre, un momento histórico para este hombre que durante los últimos 25 años de sus actuales 48 ha participado en infinidad de operaciones de la CIA en Argentina, Vietnam, El Salvador, Bolivia, por mencionar algunos destinos de su vasta y probablemente incompleta foja de servicios. Sin embargo, éste es un instante especial para este siniestro personaje obsesionado antes por el secreto y ahora por contar su propia historia:

"En este momento, hace exactamente 22 años, moría el Che Guevara", afirma. El ex agente de la CIA Félix Ismael Rodríguez, que durante el affaire Irán-Contras tomó notoriedad con su nombre de guerra "Max Gómez" y fue uno de los cerebros que rastrearon, cercaron y atraparon a Ernesto "Che" Guevara en Bolivia en 1967, aspira una bocanada de aire y comienza a contar, por primera vez, su versión sobre aquella captura y muerte ocurridas hace más de dos décadas. Delante suyo descansa una pistola que en su cacha izquierda tiene una pequeña depresión cubierta por un vidrio de reloj de mujer. En la cavidad de madera están las cenizas de la última pipa que Guevara fumó antes de ser ejecutado.

Los detalles de la captura y muerte del Che Guevara están profundamente grabados en la memoria de Félix Rodríguez, pero constituyen solamente un capítulo en la vida de este veterano de las guerras secretas de la CIA. Durante 25 años vivió en un mundo de seudónimos, espías y secretos militares hasta que en 1986 se acabó su anonimidad cuando estalló el escándalo Irán-Contras.

Rodríguez testificó ante diversos comités del Congreso estadounidense sobre su papel como enlace en el canje de rehenes por armas orquestado por Oliver North. Sus contactos personales con el entonces vicepresidente, y actual presidente George Bush constituyen uno de los capítulos más controvertidos del Irangate. Tal vez por eso Félix Rodríguez —alias Max Gómez— nunca fue acusado de ningún crimen; es más, ha sido condecorado por George Bush con la medalla de la CIA al Valor. Hay quienes opinan que la información que maneja y que seguramente no aparece en su libro autobiográfico *Shadow Warrior-Guerrero en la sombra* (Simon & Schuster), publicado hace algunos días en los Estados Unidos, le han servido como salvoconducto.

Holly Sklar, autor de *La guerra de Washington contra Nicaragua*, pinta un acabado retrato de la carrera del mercenario Félix Rodríguez: llegó de Cuba a los Estados Unidos en 1954 para cursar la escuela secundaria y se trasladó definitivamente allí en 1958, un año antes del triunfo de la revolución cubana. En 1959, Rodríguez integró la Legión Anticomunista que intentó penetrar a Cuba desde la República Dominicana. Retornó a los Estados Unidos a fines de 1960 y comenzó a entrenarse para la invasión de Bahía de Cochinos. En abril de 1961, cuando fracasó la intentona, Rodríguez, que se había infiltrado en Cuba antes del desembarco, permaneció durante más de cinco meses como refugiado en la embajada venezolana en La Habana. Luego retornó a los Estados Unidos y, tras recibir nuevo entrenamiento en Fort Benning, se incorporó a las operaciones anticubanas dirigidas por la CIA desde Miami. Utilizando a exiliados cubanos y a miembros de la mafia norteamericana, la CIA bajo el nombre clave JM/WAVE planificaba la operación Mangosta que incluía el asesinato de Fidel Castro. Más tarde, en 1967, Félix Rodríguez protagonizaría en la jungla boliviana una operación que aún hoy lo obsesiona: la captura y muerte del Che.

"Papá cansado"

La pistola que contiene las cenizas de la pipa del Che es sólo uno de los tantos trofeos de guerra que Rodríguez tiene desparramados en su casa de Miami. En el living hay granadas, balas y retratos autografiados con diversos presidentes y militares latinoamericanos. En una pared cuelga un corpiño perteneciente a la líder guerrillera salvadoreña Nidia Díaz, capturada por Rodríguez en 1985. En un cajón, las ropas embarradas de alguna otra víctima de sus cacerías humanas. Pero sin duda su tesoro más preciado es el reloj Rolex que Guevara llevaba en la muñeca en el momento de su ejecución.

De acuerdo con la versión que Rodríguez proporciona en el libro *Guerrero en la sombra*, la principal pista que permitió la captura de Guevara fue la muerte de tres guerrilleros que fueron emboscados por el ejército boliviano, uno de los cuales había sido anteriormente interrogado por el agente de la CIA. Rodríguez había sospechado que



Retrato de un agente de la CIA

LAS SIETE VIDAS DE FELIX

ese hombre pertenecía a la vanguardia de Guevara. Cuando lo vio muerto se dio cuenta de que su corazonada podía ser cierta y convenció a un coronel boliviano para que movilizara 650 efectivos en la búsqueda del jefe guerrillero. El 8 de octubre, escuchó el mensaje en clave que había estado esperando: las palabras "Papá cansado", que indicaban la captura del Che, retumbaron en su equipo de comunicaciones.

Al día siguiente, Rodríguez se trasladó en helicóptero, junto a un coronel boliviano, a la escuela rural donde Guevara, herido en una pierna, estaba detenido. Siempre según Rodríguez, las órdenes de la CIA habían sido inequívocas: mantener a Guevara con vida para trasladarlo a Panamá donde sería interrogado en la sede del Comando Sur. Sin embargo, el gobierno boliviano tenía otros planes: "Está autorizado para ejecutar las Operaciones 500 y 600", ordenaba un radiograma emitido en La Paz por los altos mandos militares. La clave boliviana significaba:

"Maten a Guevara", según sostiene Rodríguez. "Nadie me va a interrogar", —dijo Guevara cuando se enfrentó con Rodríguez. El agente de la CIA respondió que no venía a interrogarlo sino que sólo quería hablar y ordenó a los guardias que desataran al prisionero. "Nuestros ideales son distintos, pero yo lo admiro", dijo Rodríguez, según refiere en su libro. "Usted ha sido ministro de Estado en Cuba y ahora mírese... Usted está así porque cree en sus ideales", continuó el agente secreto. A este diálogo siguió una discusión de una hora y media sobre Cuba, economía y guerrillas. Durante la conversación Guevara habló sobre los graves efectos del embargo comercial estadounidense para la economía cubana.

"¿Qué sabe un médico de economía?", preguntó Rodríguez a su prisionero que había sido presidente del Banco Nacional de Cuba. Guevara se rió y respondió con otra pregunta. ¿Sabe cómo me convertí en presidente del Banco Nacional? Estábamos en una reunión y de repente entró Fidel y preguntó si había un buen economista. Yo escuché mal y pensé que preguntaba si había algún buen comunista, y entonces levanté la mano".

Tras la conversación entre captor y cautivo fue tomada una fotografía nunca publicada, que hoy está sobre el escritorio de Rodríguez: "Es la única foto en la que Guevara aún está con vida el día de su muerte", apunta con orgullo el experto en operaciones encubiertas, en una entrevista realizada por el *Miami Herald*.

Cuando Félix Rodríguez abandonó la escuelita que hacía las veces de calabozo de Guevara se encontró con la maestra rural:

"¿Cuándo van a matarlo?", interrogó la mujer.

"¿Por qué me lo pregunta?", respondió el agente de la CIA.

"Porque la radio ya está informando que murió de las heridas del combate", contestó la maestra.

Siempre según su testimonio, Rodríguez retornó a la escuelita y preguntó a Guevara si tenía algo más que decir. El Che respondió: "Dígale a Fidel que prontó verá una revolución triunfante en América latina y dígale a mi esposa que se vuelva a casar y que trate de ser feliz". Esas fueron las últimas palabras del Che, según su captor. A la 1.10 de aquel día un sargento boliviano llamado Mario Terán disparó su carabina M-2 contra Guevara, quien habría muerto instantáneamente cuando una de las balas le interesó la aorta. Otras versiones para nada descartables afirman que habría sido el propio Félix Rodríguez quien personalmente mató al jefe guerrillero. El agente de la CIA, en cambio, no tiene ningún escrúpulo en admitir, que una hora después de la ejecución, arrancó el Rolex de la muñeca de aquel cadáver que los soldados bolivianos ataban a los patines de un helicóptero para su traslado.

Sin embargo, existe más de una versión de esta historia, como también existe más de un poseedor del reloj de Guevara. El general boliviano Gary Prado, quien estuvo al mando de la patrulla que tomó prisionero al Che en la Quebrada del Yuro desmintió esta semana en el rotativo *Presencia* de La Paz, las declaraciones de Rodríguez sobre su supuesto diálogo en la escuela de La Higuera. Prado asegura que el agente de la CIA sólo estuvo con Guevara unos 20 minutos, para identificarlo y que durante ese tiempo sólo intercambiaron insultos. Guevara le dijo que era un mercenario. El militar retirado desmiente



la afirmación de que Rodríguez tenga en su poder el Rolex del Che, y aclara que Guevara le entregó a él su Rolex y el de otro guerrillero, "para que los guardara", y aún los tiene en su poder.

Félix en Vietnam

En la primavera de 1970, Rodríguez fue enviado a Vietnam. Técnicamente, era "un asesor", pero en la práctica dirigió decenas de operaciones ejecutadas por una unidad de desertores norvietnamitas. Durante sus dos años de estadía en Vietnam, participó en el llamado Plan Phoenix, con el que se suprimió a no menos de 10.000 opositores y que posteriormente fue implementado en la Argentina y en otros países de América latina. Se le atribuye a Rodríguez la iniciativa de combinar la utilización de helicópteros para misiones de reconocimiento a baja altura, junto con pequeños grupos paramilitares, móviles, que rastreaban y destruían unidades guerrilleras. Según otro famoso operador de la CIA, Edwin Wilson, Félix Rodríguez "era la clase de tipo que impresionaba a sus colegas tirando dos vietnamitas desde un helicóptero para obligar a un tercero a hablar". Posteriormente, una lesión en la espalda lo obligó a retornar temporariamente a los Estados Unidos.

Antes de retirarse formalmente de la CIA, en 1976, para convertirse en consultor privado de seguridad, participó en diversas operaciones de la "Compañía" en América del Sur y el Caribe. Según el *New York Times*, se desempeñó durante dos años como asesor de los militares argentinos a comienzos de esta década. En marzo de 1982, Rodríguez cristalizó su experiencia de Vietnam y redactó un proyecto de cinco páginas proponiendo la creación de una fuerza de elite, móvil, denominada Grupo de Tareas Táctico, que sería "ideal para el esfuerzo pacificador en El Salvador y Guatemala". El plan de Rodríguez, que incluía un mapa de América Central, proponía la utilización de napalm y bombas de fragmentación en las operaciones de contrainsurgencia. Su programa fue adoptado y considerado exitoso por el ejército salvadoreño. Según el *Washington Post*, fue Félix Rodríguez, junto con otros dos veteranos de la CIA, Luis Posada Carriles y Rafael Quintero quienes dirigían una flotilla de aviones que desde la base de Ilopango, en El Salvador, efectuaban los aprovisionamientos clandestinos de armas que formaban parte del entramado diseñado por Oliver North.

Con los contras

En enero de 1985, poco antes de partir hacia El Salvador, y con la operación Irán-Contras en marcha, Félix Rodríguez se reunió en dos oportunidades con el entonces vicepresidente Bush. En la segunda de esas reuniones Rodríguez habría mostrado a Bush su fotografía con Guevara, según consigna el *Boston Globe*. Sin embargo, en la versión del Irangate que Rodríguez brinda en el libro, George Bush no tuvo nada que ver con el escándalo, el general Richard Secord era un comerciante inescrupuloso y el teniente coronel Oliver North, un ególatra consumado.

El 5 de octubre de 1985, con el derribamiento sobre Nicaragua del C-123K piloteado por Eugene Hasenfus, las operaciones quedaron en descubierto. Hasenfus ha señalado a Rodríguez como el oficial de enlace entre la Fuerza Aérea salvadoreña y la red clandestina de aprovisionamiento de armas para los contras. El mismo día en que el avión de Hasenfus fue derribado, Rodríguez se comunicó en dos oportunidades con Donald Gregg, uno de los asesores personales de Bush para informar sobre lo sucedido. La insistencia de Rodríguez obligó al coronel Robert Dutton, asistente de Secord, a enviarle un telegrama advirtiéndole que no llamara más "a altos oficiales".

El 9 de enero de 1986, Oliver North escribió en su diario personal: "Félix está hablando demasiado sobre la conexión con VP". Obviamente que VP era el vicepresidente Bush. Su asesor en seguridad, Donald Gregg, que había sido compañero de armas de Rodríguez en Vietnam, organizó una nueva reunión de éste con el vicepresidente, que se concretó el 1º de mayo. Según la agenda de Bush el tema del encuentro era "informar al vicepresidente sobre el desarrollo de la guerra en El Salvador y el reaprovisionamiento de los contras". Si bien la anotación sobre "reaprovisionamiento de los contras" constituyó una prueba importante sobre la participación de Bush en el contragate, el verdadero papel que jugaron Ronald Reagan y el actual presidente nunca quedó esclarecido ante la justicia. Por el contrario, el 3 de febrero de 1987, Rodríguez emitió una declaración acordando en un todo con la versión de Bush sobre los hechos. Rodríguez afirma que la audiencia, de la que también participó el actual secretario del Tesoro, Nicholas Brady, era para anunciarle a Bush que pensaba abandonar El Salvador, cosa que jamás concretó. Por el contrario, admite haber realizado un centenar de operaciones de contrainsurgencia desde 1985, en algunos casos piloteando él mismo, y afirma que piensa volver a ese país cuando concluya la promoción de su libro. Nadie duda de que Félix Rodríguez es para George Bush lo mismo que un revólver humeante en la escena del crimen.

